

A mi generación

Por: Miguel Ángel Flórez

He escuchado las voces de mil Dioses arrepentidos, gritando auxilio por un mundo que se salió de sus manos. Borrachos y delirantes, Dioses que han visto por siglos hacía abajo, ignorando las suplicas de sus hijos. Pero, ¿Quién no ignoraría sus voces, al ver las aberraciones de su creación? Generación tras generación, hemos tomado como propio el discurso de vida de nuestros padres. Y algunos nos hemos encontrado en la oscuridad, llorando la vida que no nos pertenece. Es la inconsistencia lógica de mis semejantes, la que me repulsa. No puedo soportar verme al espejo y entenderme como muerto un millón de veces por día. Muerto acolitando las ostentosas vidas de unos cuantos titiriteros. Todo aquel que lea esto y no haya tenido un trabajo de 8 horas, aún no sabe cuán afortunado ha sido. Un trabajo limita, cansa, aísla. Los sueños se olvidan, las ideas no fluyen, las letras se pudren. Un renglón cuesta un litro de café por hora. He sido víctima de la maquinaria consumista que domina este siglo. Siguiendo los patrones de conducta estandarizados, perteneciendo a mi generación. Pero hoy más que nunca me siento ajeno a todos ustedes, hablo por la gran mayoría que no se mantuvo al margen, que no abrió los ojos, que no dudó, titubeó, se cuestionó. Algún día reproché a mi madre por no ser consciente de su existencia, por no rechazar lo que nos ha sido dado desde siempre, huir de las reglas de mi abuela, de las miradas de sus hermanos. No entiendo por qué no llevó al límite su potencial, por qué no desbordó su vida por sueños que nadie conoció, sueños que se enterraron junto a mi natalicio. Aprendió junto a mi padre sobre el amor de familia y a cómo sobrevivir, luego me lo enseñaron. Nunca hablaron nada sobre el sin sentido de la vida, de la náusea, del maravilloso fuego intestinal al descubrir algún tipo de talento. Todas las cosas que he aprendido las encontré mirándome al espejo, la sabiduría no está en los viejos. Estandarizados por siglos, podrían salvarte de no quedar en quiebra o de hacer feliz a tu familia, pero nunca te enseñarán cómo vivir. He visto la mirada de mis contemporáneos desvanecerse borrachos al preguntar cuál es su sueño, lo ven lejano y absurdo, se quiebran, apuesto que lloran por dentro. Siguen buscando mantener el estatus de su familia, no

decepcionarlos, darles el consuelo de su esfuerzo, el aliciente de tantos años trabajando para poner un plato sobre la mesa. Y lo entiendo, no me es impropio el sentimiento de culpa, el sentido de agradecimiento. Los dioses no perdonarán a quienes se les dio las herramientas y no las utilizaron. Todo lo que necesita un hombre está en sí mismo. La pasión no podría encontrarse en billetes, ni el talento en cursos. Aquellos que imploran al cielo buscando una salvación, ignoran los oídos sordos de dioses que pensaron crear al hombre a su imagen y semejanza. Micro dioses capaces de crear nuevos mundos, historias, pinturas, fotografías, canciones. El mundo está relegado al olvido de nuestros creadores, pero tal vez el cielo pertenece a unos cuantos que vivieron para el arte.

No tenemos perdón.